

« é ignoráis muchas cosas que os convendría saber. Se dice que oprimís á la Iglesia, que menospreciáis sus censuras, que creéis en pronósticos y agüeros, que favorecéis á los Judíos y á los Sarracenos, y que no honráis al papa, vicario de Jesucristo, y esto es indigno de vos (1). »

Ni estaban tampoco mas tranquilas las ciudades lombardas; porque habiéndose levantado Parma, cuya insurreccion cortaba toda comunicacion entre la Pulla y los Gibelinos de la Alta Italia, Federico la atacó con sus Sarracenos y con las tropas de Eccelino y de los demas señores Gibelinos, y aprisionó á cuantos estudiantes, soldados ó caballeros de aquella ciudad pudo haber á las manos, haciendo morir á la vista de sus murallas á cuatro cada día, hasta que los de Pavía le dijeron abiertamente: « Nosotros no vinimos á ser verdugos; vinimos á combatir á los de Parma. » Frente á esta ciudad edificó otra con el nombre de Victoria; pero mientras que el emperador se distraía cazando, los habitantes de Parma hicieron una salida, destruyeron sus tiendas y trincheras, dieron muerte á Tadeo de Suessa, y quitaron á Federico la esperanza de vencerles. En Alemania, su hijo Conrado quedó tambien humillado al mismo tiempo por Guillermo de Holanda, nuevo antecesor de aquel imperio; pero fué todavía mas dura traba para el padre, cuando su otro hijo Enzo, bello é instruido jóven de veinticinco años, á quien habia nombrado rey de Cerdeña, para baldon del papa, habiendo salido contra los de Bolonia, cayó en poder de estos, quienes, ni por amenazas, ni por ruegos, ni promesas, le sacaron de la honrosa prision en que estuvo durante toda su vida (1271) (2).

El despecho de ver su soberbia humillada, causó á Federico el tormento mas cruel, y el que mas frecuentemente descarga la ira del Cielo sobre los tiranos, la sospecha. Las bóvedas del palacio de Palermo resonaban con los lamentos de los barones que en ellas perecian, mientras que sus esposas se consumian de dolor; y hasta Pedro dalle Vigne, el hombre á quien habia confiado *las llaves de su corazon*, el hombre que tantos años hacia era su secretario, sin cuidarse de que con esto ofendia á las ideas mas respetadas por la época, ni de que se hacia acreedor al odio de la posteridad, llegó tambien á serle sospechoso. Privado de sus ojos, Pedro se suicidó: ignóranse las culpas de su vida; pero le absuelve de ellas el juicio de

1250.
15 di-
ciem-
bre.

(1) Ap. BOLL., y *Vit. patr. predic.*, p. 54.

(2) En Bolonia se refiere que hizo construir el palacio que hay frente á la catedral, y que tuvo de Lucia Vendagoli un hijo á quien puso por nombre Bentivoglio. En la iglesia de Santo Domingo está su sepulcro con el siguiente epitafio:

Felsina, Sardiniae regem sibi vinela minantem
Victrix captivam, consule ovante, trahit.
Nec patris imperio cedit, nec capita auro;
Sic cane non magno saepe tenetur aper.

Ernesto Munch escribió una biografía de Enzo (Luisburgo, 1826), acompañada de muchos documentos.

sus contemporáneos, expresado por Dante (1).

El partido gibelino, sostenido por Pisa y por Siena, prevalecia en Toscana: en Lombardia se hallaba equilibrado con el opuesto bando, merced á las crueldades de Eccelino; la fuerza triunfaba por do quiera, y los Romanos mismos amenazaban levantarse, si el papa no regresaba. Federico podia esperar ahora un convenio ventajoso; pero le sobrecogió la muerte á la edad de sesenta y seis años en Firenzuola, en la Pulla (2), si bien ántes de espirar fué vuelto á la comunión cristiana. Dijose que habia muerto á manos de su hijo Manfredo: este es uno de tantos crímenes supuestos con que mancillaron el nombre de aquella familia los odios de los pueblos y de los sacerdotes.

Con tan brillantes prendas, en cincuenta y tres años que fué rey de Sicilia, y treinta y cinco que rigió el imperio, Federico no llevó á cabo cosa alguna grande, porque, como decia San Luis, hizo guerra á Dios con los dones de Dios, y como se expresa un cronista (Salimbeni), no hubiera tenido rival en la tierra *si hubiese amado á su alma*. Basta, con efecto, comparar sus primeros años cuando era no solo amigo, sino pupilo de la Iglesia, con los veinte últimos en que la hostilizó, irritado por la mas pequeña intervencion de la autoridad espiritual. En un siglo que obraba todavía impulsado por la fe, quiso establecer la política materialista, declarando por medio de Pedro dalle Vigne, que el imperio puede disponer de las cosas humanas y divinas, visitó el Santo Sepulcro como aliado de los musulmanes, se rodeó de odaliscas y Sarracenos, y mostró recrearse en la voluptuosidad oriental.

Esta invasion contra la fuerza vital del Cristianismo no podia ser tolerada en un siglo creyente, y luchando por tanto contra las opiniones recibidas, Federico tuvo por necesidad que buscar los peores apoyos, y recurrir á medios que á su carácter mismo repugnaban. En la Alta Italia pudo apercibirse de su temeridad en haberse mezclado en sus asuntos, pues no consiguió sujetar á las ciudades ni á los nobles, despues de haberles ilustrado acerca de lo que les faltaba para sostenerse independientes. Con mayor razon le acusan todavía los Alemanes de que por dominar la Italia, consideró á su país casi como á una provincia, y en efecto, habiendo podido unir al imperio todo el Norte y el Oriente de la Europa, difundiendo la civilizacion sobre la raza eslava, dominada como se hallaba en-

(1) Yo, del corazon real de Federico,
Soy quien tuve ambas llaves; y usé de ellas
Tan de continuo y con esmero tanto
Que nadie sus secretos conociera:
Y fui en mi cargo tan constante y fuerte,
Que en él perdí la vida y hallé muerte.
.....
No cometí, lo juré, felonía
Á mi señor, pues no lo merecía.

Inferno, XIII.

(2) Los astrólogos le habian dicho que se guardára de una ciudad que habia tomado su nombre de las flores; y por esto nunca habia querido entrar en Florencia.

tónces por todas partes por la germánica, por el capricho de humillar á los papas, ó por el de constituir su reino para su familia, dejó que se eclipsara el imperio que nunca ya volvió á recobrar su primitivo esplendor (1).

CAPÍTULO VIII

Grande interregno. — Fin de los Suevos y de la guerra de las investiduras.

Guillermo, conde de Holanda, habia aceptado la corona de Alemania, encontrándose frente á frente de Conrado, hijo de Federico II, que á pesar de las vivas instancias en contrario del pontifice, habia sostenido siempre el partido de su padre, y mucho mas despues que le hicieron rey de los Romanos. No faltaban parciales á uno ni á otro; pero no parecia completa su obra á Inocencio IV, mientras existiera la raza de los Hohenstaufen. Escribió, pues, á los señores de las Dos Sicilias, que no reconocieron mas rey que el papa, y á las ciudades y príncipes de Alemania, que cesaron en su obediencia á Conrado IV; prohibió tambien la comunión y el ser testigos á cuantos no se separasen de los Hohenstaufen, y declaró, por último, desposeído á Conrado hasta del ducado de Suabia. Partiendo despues de Lyon, en donde se habia refugiado (2), para Génova, su patria, atravesó la Lombardia, reanimando en ella á los Güelfos; pero entretanto los Gibelinos dominaban en Roma, en donde el pueblo eligió por sí mismo su senador, que fué Brancalón de Andalo, aliado de Eccelino, de los Palavicini y de los demas de este bando, y con medidas de sangre conservó tranquila la ciudad. Inocencio se situó en Asís; pero el senador, en nombre del pueblo, le intimó que se restituyera á su sede.

En los Gibelinos, por tanto, se apoyó Conrado, cuando con escasísimos recursos vino á Italia, y convocó en Góito sobre el Mantuano á los principales caudillos de esta faccion, y especialmente á Eccelino, el mas espantoso tirano de que hay memoria en nuestras historias, y que estuvo á punto de formarse un reino independiente, si no fueran tan débiles cimientos los de la sangre. Solicitado en vano por el papa con promesas y amenazas, siguió en su senda de violencias, sosteniendo con estas al emperador, por lo cual las ciudades güelfas renovaron su alianza, que sabian ya por experiencia era su única salvacion, prometiéndolas el papa mantener en su favor trescientas lanzas.

Conrado llegó por mar á su reino, en donde todo se hallaba en el mayor desorden, preten-

(1) Véase tambien *Frederik the second, emperor of the Romans, from chronicles and documents published within the last ten years* by T. L. KINGTON Londres, 1862.

(2) Durante su residencia en esta ciudad, puso la primera piedra del puente sobre el Ródano, y animó á los Leoneses á coligarse para defender sus franquicias contra la casa de Austria; por lo cual á él se debe que aquellos no llegaran á ser Austriacos. Véase la *Revue lyonnaise*, diciembre de 1837.

diendo gobernarle el papa y los hijos de Federico. Este habia dejado de su matrimonio con Isabel de Inglaterra uno llamado Enrique, de edad de trece años solamente, por lo cual no era á propósito para tan calamitosos tiempos, y de su otro hijo Enrique, rey de los Romanos, habian quedado dos niños, al mayor de los cuales habia asignado Federico el ducado de Austria, que habia recaído en el imperio por muerte de Federico el Belicoso. Pero Manfredo, príncipe de Tarento, á quien hubo Federico en la hija del conde Lancia, y que estaba entonces en todo el vigor de los diez y ocho años, lleno de caballeresco espíritu y de ambicion, copia exacta de su padre natural, puso mano á la muerte de este en el gobierno, y sujetó á la Sicilia y á las ciudades que aspirando al gobierno municipal, elegian consejos en vez de regidores reales, y despues, cuando llegó Conrado, le ayudó grandemente á someterlas. Excesivo fué el rigor que para esto usó Conrado; vencida ya la ciudad de Nápoles, despues de tenaz resistencia, la entró á saco, obligó á sus habitantes á dismantelarla, é hizo morir á los principales jefes rebeldes, y estas y otras severidades hicieron que los pueblos dijeran: *Este es un Aleman*, mientras que repetian de Manfredo: *Es un Italiano*.

Su carácter benévolo, y la actividad de que habia dado muestras, hicieron á Manfredo sospechoso á Conrado, el cual, para ultrajarle, revocó todas las donaciones hechas despues de la muerte de Federico, y depuso al gran justiciero de Tarento y á otros á quienes aquel habia elevado. Pero así como durante su amistad se atribuía á Conrado y á Manfredo la muerte de su hermano Enrique y de su sobrino Federico, así tambien despues que aquella cesó, se imputó á Manfredo el prematuro fin que tuvo Conrado á los veintiseis años de su edad.

Guillermo de Holanda quedó entonces por único rey de Alemania; pero aunque jóven y entusiasta, jamas pudo inspirar ni amor ni respeto; en cierta ocasion persiguió á pedradas por la calle á un ciudadano de Utrecht; otra vez robó á un caballero su mujer á vista de toda la ciudad, y se vió en suma obligado á continuos combates y batallas, hasta que por fin murió haciendo la guerra á los Frisones ántes de ser coronado en Italia.

Á tan miserable estado habia quedado el imperio reducido que ningun príncipe le pretendió, y las guerras intestinas eran tantas, y tanta la anarquía que reinaba, que para poner coto á los desórdenes en Westfalia y en las orillas del Rhin, se formó una confederacion riniana. La bella diadema de Sicilia que tanto habia ansiado Enrique VI perpetuar en su familia, quedó al arbitrio del que quisiera ceñirla: Inocencio la ofreció á Carlos de Anjou, hermano de San Luis; pero Blanca, entonces regenta, rehusó la oferta: rehusóla tambien Ricardo de Cornuailles, comparándola á la del

Manfre-
do.

1254.

1256.

1256.

que le ofreciese la luna, y por último la aceptó Enrique III de Inglaterra para su hijo Edmundo, tan solo para que también este jiboso tuviera un patrimonio, y envió algún dinero para fomentar la guerra. Al mismo Ricardo de Cornuailles, notable solo por sus inmensas riquezas y su escaso poder, le fué ofrecida la corona de Alemania, la cual aceptó pagando ocho mil marcos de plata al arzobispo de Maguncia, doce mil al de Colonia, y diez y ocho mil al conde Palatino. Pero los otros electores á quienes solo dió ocho mil, creyéndose agraviados por esta diferencia de precio, proclamaron á Alfonso de Castilla, que demostró merecer muy poco el sobrenombre de Sabio, al aceptar aquella diadema, prometiendo veinte mil monedas para cada elector (1); y hé aquí al imperio de Carlo Magno vuelto á los tiempos de Didio Juliano, y vendido al mejor postor.

1257. Ricardo, con la fuerza de setecientas mil libras esterlinas, arribó al continente, se hizo coronar en Aquisgran, y consiguió someter casi todos los Estados; pero en nada mas puede decirse que ejerció su disputada autoridad, que en conceder privilegios, entre los cuales es digno de mención por su gran utilidad el de la abolición de tantos derechos impuestos por los señores sobre la navegacion del Rhin, que la entorpecian sobremanera. Posteriormente las turbulencias de Inglaterra le llamaron á esta isla, en donde le detuvieron largo tiempo, muriendo finalmente en ella en 1272.

También detuvieron en España á Alfonso los asuntos interiores del reino, sin que jamas ciñera la corona imperial, de modo que aquel intervalo se llamó el *grande interregno*, no porque faltasen emperadores, sino porque carecían estos de toda autoridad. Época calamitosa fué esta para la Alemania, pues en ella renació con mas vigor que nunca el derecho del puño, esto es, de las guerras privadas (*Faustrecht*); á los antiguos odios añadieron nuevas ocasiones de batallas las investiduras dadas por los diversos emperadores, y no quedaba á los pueblos quien les amparara contra las vejaciones de los señores, que solo tenían por norma su capricho.

Entretanto en Italia, la lucha entre el imperio y el sacerdocio se enconaba mas cada dia por los odios nacionales. Esta raza sueva ingerida en el tronco normando, y que únicamente se apoyaba en guerreros y magistrados árabes ó tudescos, desagradada á los Italianos, celosos de la independencia de su patria: desagradaba también á las repúblicas, como enemiga hereditaria de sus franquicias, y no era tampoco muy agradable á los papas, con quienes siempre habia estado en constante oposicion. Conrado habia dejado á su muerte un niño de tres años que hubo en Isabel de Ba-

(1) Esta fué la vez primera que se restringió el derecho de eleccion, reservándole á los grandes dignatarios, y excluyendo á los otros grandes vasallos.

viera, y á quien se conocia bajo el nombre de Conradino, y como su padre desconfiaba de Manfredo, le puso bajo la guarda y tutela de Bertoldo de Hohemburgo, noble de Baviera. Este, conformándose con la voluntad del difunto, recomendó al papa su pupilo; pero el pontífice respondió que el reino de Sicilia correspondia á la Iglesia, que dejaria á Conradino el ducado de Suabia y el título de rey de Jerusalen, y que luego que fuera mas entrado en años, haria examinar sus derechos á la Sicilia. Durante estas discusiones, el que se encontraba inmediato al poder lo usurpaba, quién á nombre del rey, quién al del papa, quién al de las ciudades, quién al de nadie: la Sicilia se declaró república, dando mayor amplitud á sus ordenanzas municipales, y Bertoldo, viendo á los Italianos mal dispuestos hácia él, como extranjero, renunció en Manfredo la regencia.

Federico habia designado á este como sucesor suyo en el caso de que Conrado muriera sin sucesion, y por sus hechos parece que procuró lograr para sí aquel reino, si bien aparentando afanarse por su sobrino. Energía, valor, prudencia, todas las prendas, en fin, le adornaban, que eran para su intento necesarias. Persuadido desde un principio de que no podria resistir al papa, y de que no tardaria este en enajenarse las voluntades, se humilló, reconociéndolo no solo como principal señor, sino como verdadero soberano del reino, bajo cuya condicion le reconoció Inocencio el principado de Tarento y sus demas Estados como feudos de la Iglesia, con la obligacion de dar cincuenta caballeros durante cuarenta dias, siempre que se le pidiesen; le nombró su vicario de la parte de acá del Faro, con la asignacion de ocho mil onzas de oro, y dejó en el gobierno de la Sicilia á Pedro Rufo, á quien habia elegido Conrado IV. Inocencio entró entonces en este reino, seguido de los desterrados á quienes restituía á su patria, y aclamado por los señores y los pueblos.

Mas esta reconciliacion era solo aparente: ya desde su origen mismo ocurrieron traiciones y aun abiertas luchas entre ambos bandos, y habiendo la escolta de Manfredo dado muerte á Borello de Anglona, enemigo suyo y hechura del papa, este emplazó á Manfredo para que se justificara. Manfredo, sin embargo, se resolvió á resistir, y viendo que no encontraba apoyo en los naturales de su reino, recurrió á la política de su padre, y confió en la fuerza y en sus mercenarios extranjeros. Fuése á Lucera, entre los Sarracenos que en ella colonizara su padre, y encontrando allí una acogida entusiasta y tesoros á discrecion, tomó á sueldo tropas de todas las naciones, aun de las enemigas (1). Habiendo protestado los barones que no estaban obligados á militar fuera del reino, Manfredo no vaciló en consentir en su protesta, y para reemplazarlos tomó

(1) Nic. DE JAMSILLA, p. 500, 536, R. I. S.

á sueldo por seis meses y con doble paga á dos mil Alemanes (1), y confió la custodia y el gobierno de las ciudades güelfas que sometió, y de las gibelinas que se le unieron, á los capitanes de estos mercenarios y á los condes rurales, gente también extranjera.

Orgullosos con la próspera fortuna de sus armas, rehusó prestar homenaje al sucesor de Inocencio, Alejandro IV. Extendióse la guerra, y el legado Octaviano reunió á cuantos eran enemigos de Manfredo; pero este triunfaba en todas partes, y por su actividad se mostraba digno de reinar. Habiendo hecho circular, ó bien corriendo la voz de que Conradino habia muerto, se hizo Manfredo coronar en Palermo, por lo cual le excomulgó el papa, así como á sus parciales; pero él se constituyó en centro de los Gibelinos de toda Italia, enseñoreándose en las provincias de Ancona y de Espoleto, cogió en medio los Estados Pontificios, contrajo matrimonio con una hija de Pedro de Aragon, se rodeó de sabios, juglares y concubinas, é introdujo finalmente en su corte todo el lujo del Oriente.

1261. Habiendo sucedido en el pontificado Urbano IV, que en las vidrieras de la catedral de Tróyes hizo retratar á su padre trabajando en su oficio de zapatero, pensó dar nuevo vigor á la guerra, oponiendo á Manfredo otro campeón. Raimundo Berenguer, conde de Provenza, tres de cuyas hijas estaban casadas con tres testas coronadas, dejó al morir á su otra hija Beatriz, ya nubil, confiada á sus parientes, los cuales la ofrecieron á Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, Luis IX. Disgusto y temor sintieron los Provenzales por la pérdida de su independencia, y lamentándose decian: « En vez de un valeroso señor, los Provenzales no tendrán mas que un amo: ya no podrán edificar torres ni castillos, y no se atreverán á llevar lanza y escudo contra los Franceses. ¡Oh! antes morir que consentir en tan baja humillacion (2). »

La Provenza, con efecto, vióse inmediatamente poblada de oficiales extranjeros: quitóse la libertad á aquel gran municipio, y se multiplicaron los impuestos, las confiscaciones, las prisiones y los suplicios sin formacion de proceso. Las riquezas así adquiridas excitaron en Carlos el ambicioso deseo de no ser ménos que su hermano Luis IX, y su esposa también ansiaba ceñir una corona y poseer un reino, como sus tres hermanas, tanto mas cuanto que habiéndose encontrado con ellas en cierta corte, se vió precisada á colocarse en un puesto inferior. No vacilaron, por tanto, en aceptar cuando el papa les ofreció el reino de Sicilia; pero como era preciso conquistarlo, y la Provenza, regida por el sistema feudal, no daba guerreros sino por cuarenta dias y para cortas distancias, fué necesario recurrir á los aventureros, cuyas sol-

(1) SABA MALASPINA, *Hist. II, 22, Rer. It Script. VIII.*
(2) Poesías de los trovadores.

dadas se pagaron en parte con los diezmos impuestos sobre los bienes de las Iglesias de Francia, y en parte con las preciosas joyas que se empeñaron de la princesa. Uniéronse también algunos para ganar las indulgencias, otros por amor caballeresco á Beatriz, y los mas *para hacerla reina, por la codicia del botin*, y así pudo hacer alarde de treinta mil combatientes, con cuyo sosten y el de las indulgencias pasó Carlos á Italia.

El papa le puso por condiciones que pagaria un tributo de mil onzas de oro al año y un caballo blanco; que daria trecientos caballeros cuando se le exigiesen; que nunca aceptaria la dignidad imperial, y depondria la de senador de Roma apénas fuese rey, y que respetaria los derechos de los eclesiásticos, y la constitucion que el papa diese á la Sicilia. Todo lo prometió Carlos, dispuesto á faltar á todo.

Esta podia en el fondo considerarse como Cruzada para cerrar á los Árabes el paso que les abrieran los Hohenstaufen, que ya los habian introducido en Italia. Ya en tiempo de Carlo Magno habian recurrido los papas á invocar el auxilio de otros poderosos: recurrieron también posteriormente, y aun en nuestros dias al mismo medio para sostener buenas y malas causas; pero fueron tan varios los resultados, que no es posible alabar ó vituperar estas medidas juzgándolas por los efectos que produjeron. El papa Urbano IV no vió las desventuras que produjo su invitacion al Frances para que pasara á este lado de los Alpes, y murió cada dia mas acosado por los Gibelinos, hasta en la misma Roma. Clemente IV, Provenzal y súbdito por tanto de Carlos, le favoreció mas cuando vió la Italia destrozada por los bandos güelfo y gibelino, devastada por una guerra política al tiempo mismo que religiosa, y en donde Manfredo aseguraba la preponderancia á los enemigos de los papas. Carlos, pues, á despecho de las escuadras combinadas de Sicilia y de Pisa, desembarcó en Roma, y allí pactó con el papa que obtendria la Sicilia para sí y los varones sus hijos, ó hijos de sus hijas segun el orden de nacimiento; que nunca dividiría ó extendería aquellos dominios, ni se mezclaria en los negocios de Lombardía ó Toscana; que dejaria á los eclesiásticos regirse por el derecho canónico; que pagaria cierta cantidad de presente, y despues ocho mil onzas de oro anuales, y que si retrasaba el pago mas de seis meses, quedaria privado del reino.

Pero los republicanos de Roma y el papa, luego que conocieron á Carlos, le vieron tan inferior á lo que de él se esperaba y á sus fastuosas apariencias, y aun tan miserable y egoísta, que el papa reanudó sus tratos con Manfredo. Á despecho sin embargo del partido gibelino, vino de Francia un ejército para sostener á Carlos y á los Güelfos, de modo que estos últimos volvieron á presentarse orgullosos en Lombardía y en Toscana. Carlos recibió la corona de Sicilia y el estandarte de la Iglesia, y con el

deseo tan solo de librar á Roma de sus odiosas é indisciplinadas tropas, fué inducido á acelerar sus operaciones contra su pretendido reino.

1266. Manfredó reunia soldados, dinero y valor; pero se dice que la venganza de un marido ultrajado abrió á Carlos aquellas puertas, que solo por la traicion ó la bellaquería de sus defensores podian ser accesibles. Habiendo Manfredó propuesto un ajuste, Carlos respondió: « Decid al sultan de Nocera que nunca tendré con él ni paz ni tregua, y que hoy le mandaré al infierno, ó él me ha de enviar al paraíso. » Puestos frente á frente ambos ejércitos en Benevento, por una parte los adivinos árabes buscaban en los astros el momento favorable para dar principio á la batalla, mientras que por otra el obispo de Auxerre, armado de todas armas, absolvió á los Franceses, y por penitencia os impongo, les dijo, que peguéis fuerte, y que redobléis vuestros golpes. Trabada la pelea, los güelfos, Toscanos la mayor parte, hicieron prodigios de valor; pero mayores los hizo Manfredó y con mas arte. Carlos, viendo triunfar por todas partes á la caballería alemana, olvidando toda la lealtad caballeresca, ordenó á los suyos que hiriesen á los caballos, y los Alemanes, desmontados, quedaron agobiados bajo el peso de sus armaduras. Manfredó, arrojándose desesperadamente en lo mas recio del combate, cayó muerto, y su cadáver, reconocido por el llanto que sobre él derramaban sus fieles servidores, quedó privado de sepultura sagrada, y cubierto á orillas del río Verde con un gran monton de piedras.

Así parecia el caudillo de los Gibelinos del Mediodía de Italia, y poco ántes habia muerto el de los Septentrionales. Despues de la muerte de Federico, Eccelino se consideraba señor independiente, y ahogaba en sangre cuantas voces se levantaban para clamar contra su fiero dominio, dejando morir y pudrirse en las horribles cárceles de Padua á sus enemigos, ó no sacándoles de ellas mas que para que enseñasen la obediencia, mandándolos en cuadrillas al suplicio. Castigábase allí con la muerte no solo la antigüedad del linaje, la opulencia, el valor ó la corona sacerdotal, sino tambien la piedad y la belleza; en suma, todo lo que distinguiendo á un hombre de la multitud, le hacia respetable y por lo mismo temible.

1266. El pontífice Alejandro IV, por esta causa, publicó en el nombre de Dios una Cruzada contra el enemigo de los hombres. Muchos fueron los que acudieron, y las ciudades güelfas, sostenidas por Venecia, formaron un ejército considerable, quitaron Padua á Eccelino, y le rebelaron otras ciudades. Terrible venganza tomó en estas el tirano, y con tropas sarracenas y alemanas, constante apoyo de toda tiranía, recobró á Padua, doble ruina de aquella ciudad importantísima. Aliado con su hermano Alberico, con Buoso de Dovara y con el marques Oberto Pelavicini, reunia bajo su imperio todas las fuerzas de los Gibelinos, que combinadas

tomaron y destruyeron á Brescia, centro de los Güelfos, y Eccelino, redoblando su astucia y su valor, excluyó al marques y al de Dovara para constituirse en único señor de esta ciudad, desde la cual corrió á recobrar uno por uno los castillos que le arrebataron los Cruzados, entrándolos á sangre y fuego.

1267. Las malditas facciones estuvieron á punto de darle la victoria. Cuando los Milanese se retiraban derrotados de Cortenova, Martin de la Torre, señor de la Valsassina, los habia amparado y socorrido, por lo cual se habia hecho muy querido de los pueblos. Estos, para ponerse á cubierto de la preponderancia de los nobles, le eligieron por su capitán, en consecuencia de lo cual le hicieron guerra los nobles comandados por Guillermo de Soresina; pero derrotados estos y expulsados de su patria, tomaron la desesperada resolucion de entregarla á Eccelino, y entraron con él en secretos tratos. Empezó este, en efecto, su marcha con todo sigilo para sorprender á Milan, y despues de pasar el Adda, se dirigian sobre la capital de la Lombardia, cuando Martin apareció por su retaguardia: Eccelino, para no encontrarse cortado en su retirada, le hizo frente, y obligado á la batalla en el puente de Cassano, cayó herido, muriendo poco despues de desesperacion.

1267. Un grito general de alegría resonó por toda la Lombardia y la Marca: las ciudades y fortalezas, suyas en otro tiempo, se rindieron ó fueron tomadas, y su hermano Alberico, cercado en San Cenon, fué hecho prisionero, y entregado juntamente con su inocente familia á todos los horrores con que se manifiestan las venganzas populares.

1268. Por todas partes prevaleció entónces el partido güelfo, y muchas ciudades, aun de la Lombardia, pedian sus magistrados á Carlos, que llegó hasta exigir las que le eligieran por su señor, á lo que las mas le respondieron: *Os queremos por amigo, no por señor.* Como vicario del imperio extendió su jurisdiccion sobre el Piamonte, inmediato á su Provenza; impuso al rey de Berbería un tributo de veinte mil doblas; hizo que Balduino, emperador de Constantinopla, le cediese la Acaya, la Morea, parte del imperio de Tesalónica y el reino de Jerusalem, y obtuvo tambien de Maria, hija de Bohemundo IV de Antioquia, y de Melisenda de Chipre, vanos títulos que esperaba realizar. No encontrando ya en el reino resistencias, trajo á él barones, magistrados, justicieros, gente toda de su país, causando los males que son el ordinario séquito de una nueva conquista y de una vanagloriada liberacion. Gemian los antiguos amigos de la dinastía suevo: lamentábanse tambien los muchos que suelen fiar en las promesas de los libertadores y que ven sus esperanzas engañadas, y por todas partes reinaba el descontento, que se mostraba de vez en cuando en las amargas quejas de los pueblos y en las fuertes amonestaciones del pontífice. Este por causa de las guerras asoladoras que habia sostenido, se veía

precisado á buscar apoyo en el extranjero, á lanzar excomuniones hasta contra las ciudades fieles á la bandera de la Iglesia, y á excitar las pasiones populares, tan difíciles de calmar luego que llegan á exasperarse por el egoísmo de los bandos; donde habia creído tener un adicto encontraba un déspota, y si buscaba las franquicias de los Sicilianos, encontraba un tirano en medio de ellos.

Entónces renació la compasion y el afecto hácia aquella estirpe, á la que ántes se habia maldecido, y todas las miradas se dirigian al otro lado de los Alpes, en donde residía á la sazón su único vástago. Conradino, despojado de sus bienes y dignidades patrimoniales; proscribo ántes de nacer con toda la descendencia de Federico II, vivía con su madre bajo la proteccion del duque Luis de Baviera, y las instancias de los Italianos fomentaban en él las ilusiones de restauracion, tan naturales y comunes en los descendientes de razas destronadas. Contaba para esto con qué podría tomar á sueldo mercenarios de que principiaban entónces á formarse los ejércitos; creía que se unirían á su empresa caballeros aventureros, además de los muchos amigos que su causa tendria, y llegó á imaginarse que acudirían los pueblos descontentos, y hasta á confiar, en la inexperiencia de sus pocos años, que le serian fieles en su desgracia los muchos á quienes tantos favores hiciera su abuelo.

1267. Pero habiendo llegado á Verona con diez mil combatientes, dieron principio en esta ciudad sus desengaños, pues escaseándole el dinero vió á los suyos desbandarse, y solo con los mayores esfuerzos y empeñando su patrimonio consiguió quedarse con tres mil guerreros. Las ciudades gibelinas de Lombardia le hicieron la mas favorable acogida; pero las güelfas implacables reanudaron su liga, y el papa fulminó sentencia de excomunion contra él y cuantos con él renovaban en Italia la tan funesta contienda.

1268. Los Sarracenos de Lucera, sin embargo, acordándose de que debían á Federico aquella su nueva patria, levantáronse en armas, y Conrado Capecio, nombrado vicario de Conradino en Sicilia, hizo venir tropas de África, á las que se agregaron los isleños descontentos. Tambien Enrique de Castilla, senador de Roma, que proyectaba formarse en Cerdeña un reino, en lo cual le estorbaba Carlos, favoreció á Conradino, que juntamente con Federico, duque de Austria, su jóven primo, fué recibido en triunfo en las ciudades pontificias, debiendo imaginarse por las demostraciones que se le prodigaban, que era esperado en Italia como un deseado libertador; pero el papa, contemplándole desde las almenas de Viterbo, exclamó: *¡ Pobres victimas, que se dejan conducir al sacrificio!*

1268. Conradino se dirigió hácia los Abruzos, lisonjeado por el próspero suceso de sus parciales en Sicilia; pero salió á su encuentro en Tagliacozzo Carlos de Anjou, el cual, negándose á todo arre-

glo, provocó el combate. Por su valor, su astucia y aquella que tanta parte tiene en las victorias, la fortuna, prevalecieron los Franceses, y Conradino, cuando huía, fué entregado á su contrario, con Federico y Enrique.

Por mas que hablara la piedad en favor de un jovencillo, por mas que el papa indujese á Carlos á la clemencia (1), trató este como traidor á Conradino, y para añadir á su desgracia el insulto de las apariencias de legalidad, convocó á dos síndicos por cada una de las ciudades de la Tierra de Labor, para que juzgasen con arreglo á su propósito (2). Muchos, y particularmente Guido de Suzaria, sostenian que Conradino habia venido á recobrar por fuerza de armas un Estado al que tenia justos derechos, y que no era mas que un prisionero de guerra; pero otros, y en especial Roberto de Bari, profirieron contra él sentencia de muerte, que confirmó Carlos. Conradino y Federico fueron decapitados á presencia de este en la plaza del Carmine en Nápoles, teatro de tantos desmanes así del pueblo como de los reyes: el patíbulo y los aceros castigaron á los que habian dado la mas pequeña muestra de favor á Conradino, distinguiéndose mas en estas sangrientas proezas los que por su vacilacion ó su connivencia con el enemigo mas necesidad tenian de perdon: sujetóse con la fuerza y el rigor á las ciudades rebeldes, y Carlos despues ejecutó uno de aquellos actos que se reputan generosidad y no son mas que cálculo ó cansancio; concedió una amnistía general.

Conradino al subir al patíbulo exclamó: *¡ Ah! ¡ Cuánto dolor traspasará tu alma, madre mia, cuando sepas la suerte de tu hijo!* La infeliz Isabel, con efecto, vino desde Baviera á recoger los restos de su hijo y de su sobrino decapitados, y una estatua de aquel y una piadosa inscripcion (3) que existe en el clautro del Carmen, recuerdan su afliccion, y las ricas fundaciones con que dotó á aquellos frailes para que rogasen por sus amados sobrino é hijo.

Ya no quedaba de la familia de los Staufen mas que una jóven, casada con el duque de Sajonia, el cual, al ver la desgracia de todos los suyos, comenzó á ultrajarla y humillarla hasta el punto de traer á su lado á una concubina. La infeliz esposa determinó huir, y un fiel criado la dispuso una navicilla en el Elba; pero en el

(1) Cuéntase que Clemente IV, interrogado por Carlos acerca de lo que debía hacerse del prisionero, le respondió: *Vita Conradini, mors Caroli*, lo cual equivalía á una sentencia de muerte; pero esta anécdota tomada de Giannone, y tenida por inverosímil hasta por Sismondi, se encuentra desmentida por cartas auténticas, en las que el pontífice pide con instancias el perdon.

(2) SABA MALASPINA, *Hist.*, IV, 46.

(3) « Margarite Auguste (los historiadores la llaman Isabel) que Conradino filio et Friderico nepoti captivis opitalatum, opibus onusta Neapolim festinarat, cum capite plexos reperisset, virili quidem pectore, non lacrymas pro illis, sed profusissima munera ad hoc templum exorandum profundens, ad aram hic maximam humanos curavit; familia carmelitana, ingentibus ab ea divitiis donata, tam pie benemeritæ semper ærumnam ploratura, ac celestem pro tantis principibus imperatricem oratura, p. anno Domini MCCLXIX. »

Batalla de Benevento.

Fin de Eccelino.

Fin de Conradino.

Batalla de Tagliacozzo.